

Domingo, 6 de noviembre, 2022: Trigésimo segundo domingo del Tiempo Ordinario

En el evangelio de hoy, Cristo nos invita a contemplar el cielo. Mirar al cielo es parte esencial de la vida cristiana. Jesús se hizo hombre y dio su vida para que nosotros tengamos acceso al cielo. Y, sin embargo, a menudo no pensamos ni vivimos a la luz de este maravilloso don.

Los saduceos, que eran escépticos sobre la otra vida, se acercan a Jesús con una trampa malvada. En términos humanos, el suyo es un buen argumento. Si existe la resurrección y la mujer ha estado casada con todos estos hombres en momentos distintos, ¿de quién será la esposa en la otra vida? Incluso aunque tratan por todos los medios de ponerle una trampa a Jesús con este astuto problema, en realidad no es una lucha justa. Jesús es Dios. Él sabe. Él ve el cielo y se lo describe a ellos. En el cielo, la gente “ni se casa ni se entrega en matrimonio... ya no mueren, porque son como ángeles; son hijos de Dios”. Jesús deshace el argumento de los saduceos con el conocimiento divino sobre lo que Él nos concede en el cielo.

Esta parca descripción del cielo quizá no despierte nuestro interés. Es tan breve que no parece ser muy atractiva o bella. Cristo no va a describir el cielo en detalle a escépticos no interesados. Pero de todo esto se desprende que lo que las Escrituras dicen sobre el cielo es que es asombroso; es el cumplimiento de todo lo que podríamos desear. San Pablo nos dice que “ni ojo vio, ni oído oyó, ni el entendimiento ha podido captar lo que Dios ha preparado para quienes lo aman” (1 Cor 2:9). Está más allá de nuestro entendimiento. Podríamos soñar los sueños más locos de felicidad, y todos se quedarían cortos.

Dios quiere que pensemos en el cielo y lo anhelemos. Que vivamos a su luz. La Escritura utiliza imágenes del cielo para darnos algo que nuestras mentes puedan captar. Llama al cielo *vida, luz, paz, banquete de bodas, vino del reino, casa del Padre, Jerusalén celeste, paraíso* (CIC 1027). Estas descripciones nos comunican que, en el cielo, Cristo nos hace partícipes de su gloria celestial, de su incomparable. “El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha” (CIC 1024). Todo lo que amamos y estimamos quedará purificado y será gozado sin fin. Amaremos y gozaremos con afecto perfecto a nuestras familias y a todas las personas y cosas de este mundo al ver a Dios cara a cara en el cielo. Y esto durará para siempre. Debemos recordar que esta felicidad será eterna, un estado perenne de eternidad. Si Dios quiere, dentro de un millón de años estaremos simplemente comenzando esta vida gozosa.

La contemplación del cielo nos lleva a entender mejor la escena casi aterradoramente que vemos en la primera lectura de los macabeos. Nos admiramos del valor e incluso la despreocupación de los hermanos y nos asustamos con el pensamiento de lo que quizá se espere de nosotros. Su valor y aguante son los resultados de su mirada al futuro en el cielo. No desperdiciarán la eternidad por unos cuantos minutos de alivio. Lo que hacen tiene sentido. No están entregando sus vidas porque el mundo sea un mal lugar y lo detesten, o porque no valoren la vida. Es todo lo contrario. Valoran y entienden la plenitud de la vida y la totalidad de lo que

significa vivir. Los hermanos están eligiendo la vida, la vida eterna. Tienen una perspectiva verdadera.

Hoy comenzamos la Semana Nacional de Consciencia de las Vocaciones en la iglesia de los Estados Unidos. A muchos de nosotros nos preocupan las vocaciones en la Iglesia. ¿Tendremos suficientes sacerdotes? ¿Habrá religiosos y religiosas y hombres y mujeres consagrados para servir a la Iglesia? Algunos lo llaman una crisis. De algunas maneras lo es, pero quizá sea parte de una crisis más amplia de falta de sentido. La mayoría de nuestra existencia como seres humanos ocurrirá en la otra vida. Nuestra vida aquí determina nuestra vida futura en el cielo o el infierno. Si vivimos en la vida y gracia de Dios en esta vida, la vida y la gracia florecerán en una vida eterna de felicidad en el cielo. Dios tiene un plan para que cada uno de nosotros sea feliz con Él en el cielo. Su plan comienza en esta vida con la misión que nos da a cada uno de nosotros. Quizá el primer paso para que cada uno de nosotros ayude a reavivar las vocaciones es recuperar la verdadera perspectiva sobre nuestra vida. Vivir nuestras vidas y tomar decisiones sobre nuestras vidas a la luz del cielo y de la voluntad de Dios para que podamos unirnos a Él allí. Si podemos renovar este sentido de nuestra vida aquí a la luz de nuestro destino eterno, encontraremos que las vocaciones vendrán de los jóvenes que caminan en esta vida a la luz del cielo.

María siempre vivió su vida con los ojos puestos en Dios y en su voluntad para ella. Le pedimos que ore con nosotros en esta Misa. Que, al recibir el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad vivos del Jesús resucitado en la Eucaristía y al tocarlo en el cielo, le permitamos darnos esta perspectiva renovada de la vida que mantiene el cielo siempre en nuestra mente.

Lunes, 7 de noviembre, 2022: Semana XXXII del Tiempo Ordinario

“¡Aumenta nuestra fe!” piden los apóstoles hoy. “Creo, pero aumenta mi fe”, ora el padre suplicando a Jesús que cure a su hijo. “¿Dónde está su fe?”, pregunta Cristo a sus apóstoles empapados y asustados por la tormenta. “He orado para que su fe no flaquee”, asegura Jesús a Pedro antes de su pasión. Y a Tomás, después de la resurrección, le dice: “no seas incrédulo, sino fiel”. Una y otra vez a lo largo de los evangelios encontramos al Señor que desea edificar la fe de sus discípulos y se goza cuando desean esa gracia para ellos mismos.

Junto a esta obra de su gracia, en los evangelios encontramos a Jesús igualmente constante en animar a sus discípulos: reconociendo la pequeñez de su fe, y luego recordándoles que incluso la más mínima fe—las más pequeñas semillas de su Palabra—es suficiente para hacer grandes cosas, y llevar abundante fruto. Jesús mira a sus discípulos en el evangelio de hoy, y a nosotros reunidos aquí e, igual que entonces, conoce los temores, las debilidades y las incertidumbres que asedian nuestros corazones; conoce los pecados y tentaciones y ataques a las que nos enfrentamos y nuestro Señor nos dice a nosotros: “Si tuvieran la fe de un grano de mostaza, dirían a este árbol ‘muévete y plántate en el mar’, y obedecería”. Dense cuenta de que precisamente en el momento en que los apóstoles sucumben ante el desaliento y se sienten indignos de la llamada que Cristo les lanza, Él interviene para asegurarles que basta su gracia.

“Oh Señor, ¡tú me sondeas y me conoces!” ¡Estas consoladoras palabras de nuestro salmo hoy son verdaderas! Cristo conoce nuestros corazones mejor que nosotros mismos y, en el momento en que nos miramos a nosotros mismos y empezamos a cuestionar si tenemos lo que se necesita para seguirle, Él *inmediatamente* nos ofrece la palabra consoladora de que, no importa lo pequeña que pensemos que es nuestra fe, es suficiente para que se realicen las obras más grandes en su nombre.

La imagen que nos ofrece Jesús es inolvidable; no solo el desarraigo de un árbol, sino su plantación en el océano. Quien haya tratado de arrancar incluso un pequeño arbusto con pocas raíces, sabe que la tarea es ardua. Para un árbol más grande, como eran los sicómoros a los que se refiere Jesús (un tipo de morera abundante en Jerusalén y famosa por sus fuertes raíces), este trasplante sería prácticamente imposible. Es más, la imposibilidad de la tarea se intensifica cuando recordamos que Jesús propone que este árbol *se plante en el mar*. No simplemente que se arroje al mar, no solo que se reubique en la costa, sino que se *plante* dentro del océano. ¡Ningún esfuerzo humano o creatividad ni en el tiempo de Jesús, ni en el nuestro, es capaz de esta tarea! *Pero* esto es porque la tarea que Jesús nos ofrece a todos y cada uno de nosotros, sus discípulos, *no* es humana, sino divina!

A lo largo del Antiguo Testamento a menudo se usa el plantar árboles para describir la obra de Dios que cultiva y restaura a su pueblo, Israel. Recuerden su promesa por medio de Isaías: “Plantaré el cedro en el desierto” y Ezequiel, “Yo, el SEÑOR,... he hecho florecer al árbol seco”. Los profetas apuntan más lejos todavía, al principio, cuando Dios hace surgir de la tierra estéril “todo árbol agradable a la vista y bueno para comer”. Allí, cuando Dios creó los cielos y la tierra, pudo plantar árboles en lugares que el mar había cubierto previamente. Dios, y solo Dios, puede plantar árboles en los océanos, y dar fruto en los desiertos. Y Dios, y solo Dios, puede hacerlo en nuestros débiles corazones: sacar perfección de la debilidad, fruto de un *fiat* tímido, y fidelidad a pesar de nuestro sentimiento de insuficiencia.

Esta semana, los católicos de todo el mundo reflexionan sobre la llamada de Cristo a todos nosotros. la *vocación* que nos ha dado particularmente a ti y a mí – y hoy sus palabras son un suave recuerdo para cada uno de nosotros de que el temor o la timidez no tienen lugar en un corazón que se apoya en Él, y la tarea para la que nos ha creado, sin importar lo imposible que parezca si se basa en nuestras capacidades o disposición, es la que Él, el Creador de cielo y tierra, puede hacer posible en nosotros por su gracia.

Nuestra tarea es doble: poner nuestros corazones humildemente ante Él como somos... eligiendo “buscarle con sinceridad de corazón” como nos recuerda la lectura de Sabiduría, sin esconder nuestra debilidad ni cerrar nuestros temores a la gracia de Dios—pero también poniendo nuestros corazones, tan rotos como estén, en el asidero seguro de Cristo. Él nos abre su propio corazón a cada uno en esta Misa, entregándonos su Cuerpo y Sangre; no temamos abrir audazmente nuestros corazones a Él y a su amor siempre suficiente.

Martes, 8 de noviembre de 2022: Trigésima segunda semana del Tiempo Ordinario

Somos servidores del Señor y nuestra obra nunca termina. El mensaje de esta parábola es de nuestro agrado porque nos sentimos atraídos a la idea de trabajar para el Señor. Es un trabajo importante, que hay que hacerlo, y aún nos queda mucho trabajo por hacer. Nos gusta esto porque nos hace sentir importantes. Nosotros, que somos sacerdotes, o religiosos, o consagrados, o que hacemos algún trabajo específico para la Iglesia, podemos estar deleitados de pensar especialmente en nosotros mismos como "al servicio del Señor", de igual modo, esto se manifiesta en aquellos que están discerniendo un llamado a cualquiera de estas vocaciones. Nos gusta que nos necesiten, ser serviciales, ser importantes.

Pero hay una parte del Evangelio de hoy que es más probable que no nos deleite. Cuando hayamos hecho todo lo que se nos ha ordenado hacer, debemos decir: "No somos más que unos pobres siervos". Esto aplica a todos nosotros, sacerdotes, religiosos, consagrados y todos los demás, "no somos más que unos pobres siervos" del Señor. ¡Ay! Aquí se expresa ese sentido de importancia.

¿Por qué hacer todo este trabajo si "no somos más que unos pobres siervos"? ¿Por qué esforzarse si no se puede obtener ningún beneficio de ello?

El Señor no se beneficia de nuestro trabajo, y esto es simplemente porque Él es Dios, y nosotros somos criaturas. Dios tiene un plan para toda la eternidad, y no puede ser frustrado. Ninguna mala acción, ni la suma de toda la maldad del mundo, pueden frustrar la voluntad de Dios. Ser creados significa que Dios no depende de nosotros. Él no nos *necesita*. Ya ves, la verdad de que el plan de Dios no puede ser frustrado también significa que Su plan no puede ser frustrado *por nosotros*. Su plan no puede ser frustrado por nuestros fracasos o nuestras deficiencias. Él no nos necesita para obtener beneficios. Hacer todo este trabajo no agrega nada a Su grandeza, ni nuestros fracasos restan a Su grandeza. Dios es Dios. Así que, gracias a Dios "no somos más que unos pobres siervos". ¡Qué alivio! No todo depende de nosotros.

Esto no significa que la obra no sea importante, o que no necesite hacerse, sino que el Señor solo nos "necesita" porque Él elige necesitarnos. Más precisamente, Él nos invita a participar en Su obra. Él nos invita a ser parte de Su obra, y, así también, nosotros somos "transformados" cuando cooperamos con Su obra.

Esta parábola debe dejar perfectamente en claro que debemos trabajar, y que seremos responsables de nuestra pereza o de la negativa de hacer lo que se nos ordena. Sin embargo, al comprender que "no somos más que unos pobres siervos" moldeamos la forma en que vemos ese trabajo. Nos ayuda a tener la actitud correcta para trabajar para el Señor. Tal vez te has sentido atraído hacia el sacerdocio, la vida religiosa, por alguna forma de vida consagrada, o por algún apostolado en la Iglesia, y tal vez lo que te ha atraído erróneamente es la importancia personal que te daría o la sensación de admiración de los demás que podrías obtener por el trabajo que podrías hacer para el Señor. Podrías sentirte atraído a una vocación por la razón equivocada. Eso no significa que no seas llamado. Este Evangelio te invita a discernir tu propósito.

¿Por qué hacer todo este trabajo si “no somos más que unos pobres siervos”? No porque pueda darnos un sentido de superioridad, sino por *amor*. Nuestro trabajo debe ser uno de amor, no uno que busca beneficios. Es el amor a Dios y el amor de Dios lo que nos transforma, que es el "producto" de nuestro trabajo si cooperamos con ese amor. Dios nos invita a participar en Su obra, y eso significa que nos invita a vivir en compañía de los Santos, que son Sus grandes obras maestras.

Miércoles, 9 de noviembre, 2022: Fiesta de la Dedicación de la Basílica de San Juan de Letrán

Hoy celebramos la fiesta de la dedicación de la Basílica de san Juan de Letrán en Roma. El objetivo de esta fiesta no es solo recordar a una iglesia concreta—aunque esa iglesia es importante. De hecho, esta basílica es la catedral del Papa. En la fachada de esta iglesia hay una inscripción que afirma que esta iglesia es la madre y cabeza de todas las iglesias en la ciudad y en todo el mundo. Como sede del Vicario de Cristo, que es la cabeza terrena de la Iglesia universal, San Juan puede reclamar su puesto como el templo más importante de todo el mundo. Pero incluso así, el objetivo de esta fiesta no es recordar una sola iglesia. Esta fiesta recuerda el significado de la Iglesia.

En la primera lectura vemos la visión de Ezequiel del agua brotando del templo. Para los judíos el templo era el lugar en todo el mundo donde podían entrar en la presencia de Dios. Y eso es precisamente lo que quiere el Señor para la Iglesia hoy, un lugar donde nos podemos encontrar con Dios. Pero aquí es donde la visión sería llamativa para las personas que la escucharon por primera vez: Ezequiel ve el agua brotando del lado del templo. Y, si brota del templo, debe ser agua pura y sagrada. Esta agua da vida a todo el campo a su alrededor. En Dios hay vida y él quiere compartir esta vida con todos los de su alrededor, y no sólo con quienes tenían autorización para entrar en el templo. Esta agua fluye en las partes más áridas de Israel y las convierte en un jardín, un jardín como el del Edén, un jardín como lo que Dios había planeado que sería el mundo. ¡Incluso convierte las aguas del Mar Muerto en agua dulce! Ya desde esta profecía del Antiguo Testamento vemos el principio del plan de Dios para la Iglesia. Ya no serán unas cuantas personas selectas ritualmente puras las que entren en contacto con Dios. La presencia de Dios comienza a brotar desde el templo y da vida a todos los que entran en contacto con ella. Así pues, la Iglesia no debería ser un lugar solamente para las personas que llegan a ver a Dios, sino también una realidad dinámica que se expande y llega a encontrarse con todas las personas, dondequiera que estén.

La segunda lectura añade otra capa de sentido a lo que significa ser Iglesia. San Pablo dice: “¿No saben que son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?” Para san Pablo, la Iglesia no es simplemente un edificio. Por el contrario, la iglesia, que significa “asamblea” en griego, es todo el nuevo pueblo de Dios. Y es importante indicar que este templo—el pueblo de Dios—es un templo santo. Si la Iglesia es el templo de Dios y el templo es el lugar de la presencia de Dios, entonces todo miembro de la Iglesia está llamado a hacer a Dios presente en el mundo. Somos esa realidad dinámica en la que reflexionábamos antes; estamos hechos para ser ese lugar del que brota el agua de vida de Dios.

En el evangelio escuchamos cómo Cristo purifica el templo. Como nos recuerda, la casa de su Padre ha de ser una casa de oración. Y, por tanto, tiene que entrar y arrojar afuera todo aquello que se interponga en el camino de nuestra relación con su Padre. Nosotros, la Iglesia, tenemos una necesidad constante de purificación. Pero Cristo añade algo incluso más interesante cuando habla a los fariseos sobre sus acciones; habla de destruir el templo y reconstruirlo en tres

días. Fue el apóstol Juan quien entendió más tarde que estaba hablando del templo de su cuerpo. El templo de Dios es el cuerpo de Cristo. Cristo fue la encarnación de la presencia de Dios en el mundo. El cuerpo de Cristo es la encarnación de la presencia de Dios en el mundo. Y lo celebramos cada vez que venimos a Misa: la presencia del cuerpo de Cristo en su Iglesia. Cuando recibimos la Eucaristía, nos convertimos en ese verdadero cuerpo de Cristo, el cuerpo místico de Cristo unido perfectamente a Cristo la cabeza. Este es lo que significa ser Iglesia.

Esta semana es la Semana Nacional de Concientización sobre las Vocaciones, en que reflexionamos más profundamente sobre la necesidad de promover y orar por las vocaciones en nuestra Iglesia. De manera especial oramos por quienes están discerniendo la llamada a la vida sacerdotal. Sin sacerdotes que administraran los sacramentos, no seríamos capaces de cumplir nuestra misión, nuestra llamada, el don que hemos recibido en nuestro bautismo: ser la Iglesia. Sigamos lo que Cristo nos pidió en el evangelio: “Oren, por tanto, para que el Señor de la mies envíe obreros a su mies”.

Jueves, 10 de noviembre, 2022: Memorial del papa San León Magno

Jesús respondió a los fariseos: no se conoce la venida del Reino de Dios. Una vez conocí a un hombre con un alto índice de educación que me aseguró privadamente que el mundo se acabaría en dos meses... debe haberse perdido este pasaje de Lucas, porque esa conversación ya tuvo lugar hace diez años... ¡Gracias a Dios!

A lo largo de los siglos, desde tiempos de Cristo, ha habido personas que creen superar las palabras de nuestro Señor y piensan que tienen un conocimiento privado del fin de los tiempos. Podrían ser aquellos que—con la caída del Imperio Romano y la invasión de las tribus bárbaras en el siglo V—pensaban que había llegado el fin. En el centro de ese siglo y esos tiempos aparece la “roca” a quien la Iglesia celebra en la liturgia de hoy: el Papa San León Magno.

Uno de únicamente tres papas (hasta la fecha) a quienes la historia ha nombrado “magno”, León ascendió a la cátedra de Pedro en el año 440 y sirvió en un tiempo cargado de amenazas de fuera y de dentro. El Papa León predicó contra las herejías que azotaban el cuerpo de Cristo: maniqueísmo, pelagianismo, arrianismo y nestorianismo; defendió las naturalezas humana y divina de la única persona de Jesús en el Concilio de Calcedonia a través de su famoso “Tomo”. Sus homilias son maravillosas por su claridad y mistagogia. Adquirió una gran importancia por su encuentro con el huno Atila al que convenció para que retirara su horda mongólica de la invasión de Roma; también negociaría durante el asedio vandálo de Roma para salvar a sus ciudadanos y frenar el saqueo de las iglesias. Cuando la ciudad eterna estaba al borde del colapso, fue el imperio del poder espiritual que amasaba el Papa León lo que alcanzó la victoria.

El Reino de Dios está entre ustedes, les dijo Jesús a los fariseos y sería la oscura secta judaica de los cristianos anteriormente perseguidos la que constituiría el legado del Imperio Romano. El Papa León reconoció la autoridad divina en la iglesia y en su cátedra. Le vamos a dejar la última palabra sobre el contenido de ese reino eterno por el que trabajó:

“Cuando dice [Jesús]: *Bienaventurados los pobres de espíritu,* muestra que el Reino de los cielos se le debe dar a quienes se distinguen por la humildad de su alma en lugar de por su falta de bienes materiales... ¿Qué tipo de pobreza es, entonces, bienaventurado? El tipo que no está enamorado de las cosas terrenas y no busca las riquezas del mundo: el tipo que busca llenarse de las bendiciones del cielo. Después del propio Señor Jesús, los apóstoles nos han dado el mejor ejemplo de esta grandeza de corazón en la pobreza. Cuando el Maestro los llamó, ellos al instante dejaron atrás todo lo que poseían, y, de estar pescando peces, pasaron rápidamente a pescar hombres. Su ejemplo inspiró a muchos a emular su fe y a hacerse como ellos; fue en este momento que estos primeros hijos de la Iglesia tuvieron un solo corazón y hubo un solo espíritu entre los creyentes. Cuando se les habían negado todas sus posesiones, recibieron las riquezas de las bendiciones eternas y, a través de la predicación de los apóstoles, se regocijaron de no tener nada de lo que pudiera dar el mundo y de poseerlo todo en Cristo.”

Esta semana, la iglesia en los Estados Unidos observa la Semana Nacional de Consciencia de las Vocaciones. La llamada de nuestro Señor a dejar atrás las riquezas de este mundo no terminó con los apóstoles. Ha continuado a lo largo de la historia humana, incluso hasta nuestros días, al llamar a algunos a servirle como sacerdotes, religiosos o personas consagradas. Mientras que todos nosotros somos llamados a alcanzar humildad y pobreza de espíritu, los sacerdotes, religiosos y personas consagradas dan ejemplo de esta humildad de modo especial al entregar “casa, cónyuge, hermanos o padres o hijos por el reino de Dios”. (Lc 18:29). Aunque desprenderse del mundo puede ser un gran desafío, Jesús nos asegura que quien entrega las posesiones terrenas y las relaciones por amor a Él, “recibirá un premio abundante en esta vida y en la eterna” (Lc 18:30).

Que el Papa san León interceda por nosotros, y especialmente por los hombres y mujeres que están discerniendo una vocación en la Iglesia, para que vivamos vidas de humildad y santidad y, con la gracia de Dios, nos incorporemos a su compañía con los apóstoles en la futura vida eterna.

Viernes, 11 de noviembre, 2022: Memorial de san Martín de Tours, obispo

Cuando, en oración, se intenta discernir la propia vocación, se puede caer fácilmente en la trampa de pensar que toda decisión se apoya en uno mismo y que debo, de algún modo, lograr descifrar cuál es la decisión correcta, y elegirla. Este paradigma nos podría llevar a un interminable peso de opciones y, por último, a la indecisión. Por supuesto, cada vocación es bella y buena a su propia manera. Si simplemente las clasificáramos, nos podríamos encontrar con listas interminables de pros y contras para cada una. Nuestro santo de hoy, junto con el evangelio, nos ofrece una visión más profunda, que atraviesa el discernimiento superficial y conduce a la posibilidad de un crecimiento espiritual.

San Martín de Tours fue soldado de las legiones romanas que en su tiempo luchaban en la Galia. Además de ser soldado, era catecúmeno. En aquellos tiempos, la gente a menudo se preparaba para el bautismo a lo largo de muchos años, esperando hasta estar preparados para dedicar sus vidas enteramente a Cristo. La famosa imagen de san Martín de Tours que nos llega es la de cuando divide su manto y lo comparte con un pordiosero en las afueras de la ciudad francesa de Amiens. Su biógrafo nos dice que cuando iba a entrar en la ciudad, vio al pobre temblando de frío y se le quitó el manto. Como no tenía para darle nada más que su propia capa, la dividió en dos con su espada y se envolvió en la otra mitad. Esa noche tuvo una visión en la que Jesús se le apareció envuelto en la mitad del manto que san Martín había dado al pobre. Este sueño lo llevó al bautismo y a dedicar su vida totalmente a Cristo. Más tarde, por aclamación popular, Martín se convirtió en obispo de Tours y se dedicó a la conversión de quienes adoraban a los dioses romanos. Estando enfermo y cercano a la muerte, su biógrafo nos dice que sus sujetos le suplicaron que no dejara este mundo, sino que se quedara para cuidar de ellos. Él replicó, “Señor, si tu pueblo todavía me necesita, estoy dispuesto a la tarea; que se haga tu voluntad”. Así, Martín “ni temía morir ni se negaba a vivir”.

En la vida de san Martín, vemos el cumplimiento de lo que podemos llamar la gran paradoja. La gran paradoja según la pronuncia Cristo en el evangelio de hoy, “quien quiera guardar su vida la perderá, pero quien la pierda, la salvará”. Esta paradoja suena verdadera por la naturaleza de la vida espiritual. La vida espiritual es, en primer e importantísimo lugar, la acción de nuestro Divino Creador que rompe las barreras de nuestro ser como criaturas. Esto significa que, como seres humanos, dependemos y esperamos la acción divina. Nuestros escasos intentos de tomar control de nuestras vidas y tratar de vivir como arquitectos de nuestro ser y árbitros de sentido siempre fracasarán, incluso cuando nuestros intentos de conseguir nuestra propia realización, lo llamado “conservar nuestra vida” parecen tan grandiosos como adquirir el éxito mundano a través del poder, honor, popularidad, etc. La historia de la raza humana ilustra que estos fracasos no se deben a no intentarlo. El tema más bien es el modo en que se busca el logro. La paradoja es que la única manera de lograr la plenitud es abandonar la búsqueda.

Todo ser humano lleva la imagen de su creador. Una imagen que nos da la capacidad de conocer y de amar como Aquel que nos hizo. Para poder ejercitar estas habilidades de modo fructífero, debe ocurrir una entrega. La entrega es a nuestro Creador. La capacidad de crear mi propio sentido o construirme según desee es estéril. Convertirme en aquello para lo que fui

creado, tener una vida que se guarda, primero debemos perder nuestras vidas. Importa mucho cómo perdamos nuestras vidas. O, mejor dicho, a quién le entregamos nuestra vida es lo que importa. Entregamos la vida, pero nos entregamos a Aquel que nos puede convertir en una creación que no pensábamos era posible.

Al seguir observando la Semana Nacional de la Consciencia de Vocaciones, que nos sintamos inspirados para responder a la llamada de Cristo abrazando la entrega. Jesús quizá no se nos aparezca en un sueño para empujarnos a una unión de gracia consigo mismo. Pero el mismo deseo que inspiró a Martín y le llevó a bautizarse arde en su corazón por cada uno de nosotros. Desea completar la obra que comenzó en nosotros el día de nuestro bautismo. Nuestra entrega, inspirada por la gracia y el impulso del Espíritu permite que este deseo de Cristo arraigue en nuestros corazones mientras que Él sigue acercándonos más y más a sí mismo.

Sábado, 12 de noviembre, 2022. Memorial de San Josafat, Obispo y Mártir

Hoy la Iglesia celebra a san Josafat, héroe del siglo XVII por su trabajo a favor de la causa de la unión entre Roma y las iglesias orientales. Su vocación sacerdotal ayudó a miles de personas a regresar a la amistad con el Papa y abrió el camino para que millones más en los siglos siguientes pudieran gozar de nuevo la comunión de la Iglesia católica. Esta fiesta nos ofrece la ocasión de considerar lo que podríamos aprender de su respuesta a la llamada de Dios.

La primera inclinación a la vocación sacerdotal llegó para Josafat en forma de experiencia mística a temprana edad. Cuando era todavía un muchacho en lo que es hoy Ucrania occidental, alrededor del año 1590, a menudo oraba frente a una imagen de la Crucifixión. Una vez, ante tal imagen, sintió la chispa de una llama brotar del corazón de Cristo y alcanzar su propio corazón, dándole calor, alegría, valentía y amor. Esta experiencia lo marcó profundamente y lo condujo definitivamente al Señor. A medida que iba creciendo, veía que no le agradaba el trabajo de su padre, que era comerciante. En cambio, después de unos años de trabajar en el mundo, ingresó en la vida monástica como laico. Mientras servía como monje laico, entendió más profundamente la fe católica y, por último, recibió la ordenación sacerdotal. Fue ordenado obispo en 1617 y martirizado en 1623.

La vida y la vocación de san Josafat comunican un deseo insaciable de unión con Cristo y la voluntad de recibir cualquier misión que pudiera entrañar tal unión de amor. Encontró su vocación sacerdotal, no por su propio discernimiento privado y reflexión, aunque eso es importante, sino también a través de la propia Iglesia, cuando algunos estudiosos jesuitas lo convencieron para que discerniera el sacerdocio. La vocación de san Josafat, por tanto, como toda vocación, fue el producto de los impulsos del Espíritu Santo que nos llegan a veces calladamente en el interior de nuestros corazones o a través de la guía de los demás.

A lo largo de esta última semana, la Iglesia en Estados Unidos ha estado celebrando la Semana Nacional de la Consciencia de las Vocaciones. Durante esta semana, la Iglesia nos pide que oremos por todas las vocaciones, y especialmente por aquellos que están discerniendo una llamada al sacerdocio o a la vida consagrada. Como se ve en la vida de san Josafat, las vocaciones nacen dentro de una comunidad, y todos nosotros, los presentes aquí hoy, tenemos un papel que jugar en el fomento de las vocaciones y en ayudar a las personas de nuestro alrededor, especialmente nuestra familia y amigos, a llegar a conocer la voluntad de Dios para sus vidas. Como san Josafat, todos nosotros recibimos de Dios una misión. Tanto si estás aun discerniendo o ya comprometido con una vocación concreta, pídele a Jesús que toque tu corazón con la misma chispa del fuego de amor con la que llenó el corazón de san Josafat, para que, en espíritu de humildad, puedas estar abierto a “hacer lo que Él te diga” (Jn 2:5).